[370:73]

COMEDIA NUEVA
EN DOS ACTOS,
RUFINO Y ANICETA,

SU AUTOR

D. ANASTASIO VALDEROSAL Y MONTEDORO.

PERSONAS.

Casimiro, labrador rico.
Cosme, hortelano.
Rufino, jóven instruido, su criado.
Andrea, muger de Cosme.
Aniceta, su hija.
El Alcalde del Pueblo, intimo amigo de Casimiro.
Un Sargento.
Tres Soldados.
Dos Alguaciles.
Blas, otro hortelano.

ACTO PRIMERO.

La escena se representa en la huerta de Cosme, que está en un Pueblo inmediato á la Corte.

Levantado el telon se descubrirá una huerta dilatada y deliciosa, con varios árboles repartidos con órden, y uno muy grueso á cada lado. A la derecha habrá un pozo rodeado de yerbas, del que estará Cosme sacando un cubo de agua, el que pondrá sobre el brocal, teniendo á su lado una regadera grande, y entre las yerbas una bota. Cerca del pozo habrá una porcion de lechugas, que se supone se acaban de arrancar. En este mismo lado se verá una puerta abierta, que es por la que entran los de la poblacion á comprar legumbres.

A la izquierda y cerca de los primeros bastidores, se verá la fachada interior de la casa de Cosme, con puerta tambien abierta, y una reja pequeña, cubriendo por encima á una, y á otra una parra frondosa. Rufino cabará con un hazadon en lo último del foro, mirando alguna vez la

puerta y reja de la casa con extremos de alegría. Por medio del foro se descubrirá el Sol que empieza á nacer, el que irá subiendo é iluminando la escena por grados. Se oirá el agradable cántico de las aves, y luego que Cosme á sacado y puesto el cubo sobre el brocal, salen por la puerta de la huerta el Sargento y los tres soldados cantando el quarto que sigue.

No hay vida mas dulce,
deliciosa y bella,
que la del soldado
haya ó no haya guerra.
Sold. 1.º Sino la hay, vive alegre,
come y se pasea.
Seg. Si la hay, sus acciones
gloriosas le premian.
Los tres. Y hace inmortal su nombre
si es que muere en ella.
Aduo. Viva la milicia,
y el que la profesa.
Los quatro. Y viva el soldado,
cuya bayoneta,
de su Rey y patria
es noble defensa.
Sarg. Patron, hay lechugas?
Cosm. Hay,
las mas dulces y mas frescas.
Sarg. Pues allá vamos.
Cosm. Señor
Sargento, echad por la senda,
que si pisais las verduras,
es lo mismo que perderlas.
Rufino, guialos tú.
Ruf. Por acá.
Sarg. En horabuena. *le siguen.*
No pretendemos hacer
ningun daño en nuestra tierra;
pero en la del enemigo,
todo se tala ó se quema.
Buenos dias, patron mio.
Llegando cerca de él.
Cosm. La honrada tropa los tenga
muy felices.
Sarg. Quatro quartos
de esas lechuguitas buenas
nos dará usted, y las bocas
refrescaremos con ellas.
Cosm. Si señor; á los soldados
se han de servir con franqueza,
pues defienden nuestras casas,
y expuestas sus vidas llevan.
Vaya, cada pobre tome
de ese monton las que quiera.
Solds. Que viva la bizarria.
Toman y comen.
Cosm. Con qué aquí estais de bandera,
Señor Sargento?
Sarg. Sí, amigo,
y en diez dias, mas de treinta
reclutas se han hecho.
Cosm. Brabo;
pero á ese paso se queda
el pueblo sin ningun mozo.
Sarg. Y no hacen bien?.. Qué pudieran
adelantar aquí mas
que destripar de la tierra
los terrones? Y sirviendo
al Rey segun las proezas
de cada uno, á ser hombre
de honor y provecho llegan.
Vervi gracia, este muchacho *por Ruf.*
de tan hermosa presencia,
que me corten los vigotes,
sí, como conmigo venga,
no tiene al mes... qué?.. mucho antes,
como yo dos charreteras.
Sí, amiguito mio, yo
te he de tomar por mi cuenta,
has de ser mi camarada,
y ya verás lo que medras.
Te daré muy buen enganche;
de los pies á la cabeza
tendras tu vestido nuevo:
y además, para que veas
mi amor, te daré un banquete
magnifico de botellas.
Vendrás á mi Regimiento,
y rendiremos bellezas,

y del Rey los enemigos,
que es la obligacion primera
del soldado. En un instante
Saca papel y tintero.
la filiacion está hecha.
Muchachos, ah, qué gran dia
A los soldados ap.
tendremos si cae en la percha!
Dí tu nombre, camarada.
Ruf. En vano usted se molesta,
Señor Sargento.
Sarg. Por qué?
Ruf. Porque aunque es una carrera
la milicia tan brillante
y honorifica, no piensan
de un modo todos los hombres.
Cada uno tiene diversa
inclinacion, y la mia
dista mucho de la vuestra.
Cosm. Amigo, á estudiado, y á
corrido bastantes tierras,
aunque le veis empleado
hoy en el cultivo de esta.
Creo no le llama Dios
por ese camino. Piensa
con mi hija casarse; pero
no como ha de mantenerla.
Ruf. Con mi sudor y estos brazos.
Sarg. Son valientes hipotecas.
No dexará la muchacha
de ser felice con ellas.
Ruf. Si es legítimo el amor,
lo preciso le contenta.
Sarg. Vamos, chicos, porque aquí
está mojada la yesca.
Patron, tocad esos cinco,
y mandad, que en quanto pueda
os servirá vuestro amigo
el Sargento Bocanegra.
Cosm. Señor Bocanegra, gracias,
y os hago la misma oferta.
Sarg. A Dios, buen mozo, de bajos *á Ruf.*
pensamientos. Tal vez vengas
á buscarme, si algun dia
como un hombre de honor piensas.
Seguidme, muchachos.
Sold. [illegible]
repitiendo nuestra letra.
Cant. Que viva el soldado
cuya bayoneta
de su Rey y patria
es noble defensa.
Vanse acompañándolos Rufino, el que despues toma el hazadon, y continúa su trabajo.
Cosm. Que brava gente es la tropa!
Habrá quién diga mal de ella?
Pero enganchar á Rufino
querian. Zape... La guerra
aunque á veces es precisa,
yo creo que nunca es buena.
Mas el cubo hace una hora
que sobre el brocal me espera.
Toma el cubo, hecha agua en la regadera, y pasa á regar algunas plantas. Rufino le observa con cuidado, y viéndole de espaldas, dexa el hazadon, y se entra por la puerta de la casa rezelándose de que le vea.
Con qué placer, con qué gusto
riego mi pequeña huerta,
pues me paga con usura
el trabajo que hago en ella!
Solo por un poco de agua
que la doy, á manos llenas
me dá medios para que
beber mucho vino pueda.
Pero aquí tengo la bota. *La saca.*
Veremos que tal me sienta. *Bebe.*
Qué válsamo tan precioso!
Toda el alma me consuela,
y habiendo almorzado migas,
es echar miel sobre ojuelas.
Pero ya ha salido el sol.
Qué hermoso es!... Bendito sea
el Señor que le crió!
Justamente la hora es esta
en que me citó el Alcalde
para que á su casa fuera.
Qué me querrá?... Qué se yo...
pero sea lo que sea;
yo estoy alegre, [illegible] nada
me remuerde la [illegible]
y quando [illegible]

no hay delito que se tema.
Mas... Rufino... Donde está.
Le llama y vuelve el rostro.
A qué me cogió las vueltas
y se ha ido el picaron
á charlar con Aniceta
mi hija? sin duda... Esto es malo,
y necesita de enmienda.
Se aman mucho, la á enseñado
á leer, escribir, las cuentas,
á parlar y á discurrir
con discrecion. Será fuerza
ó despedirle ó casarlos;
lo demas no es buena regla.
El es un valiente mozo;
trabaja que se las pela;
nunca está ocioso; ni bayla,
ni bebe vino, ni juega;
es muy leido y discreto,
y sabe dos ó tres lenguas.
Pues ahora, no encontraria
este mozo conveniencia
mas linda que el hazadon
con que trabaja en mi huerta?
Es verdad: luego por mi hija
es por quien exîste en ella.
Pero casarlos, he? Vaya,
que era brava conveniencia.
Si el pobrete ni aun camisa
tiene... Y pregunto: yo era
quando me casé, mas rico
que él acaso? Unas calcetas,
una anguarina sin mangas,
polainas y una montera
fué mi grandioso equipage,
y aun no tan grande el de Andrea
mi buena esposa; y por eso
no nos hemos muerto. Mientras
puede el hombre trabajar,
tiene aplicacion y piensa
en adquirir el sustento
con su sudor, nadie dexa
de pasar la vida bien,
como ambicioso no sea.
Con que aunque se case pobre,
Dios le dará conveniencias.
Rufino... Rufino... Está
Llamándole recio, y sale Rufino corriendo.
sordo... Esto me impacienta.
Ruf. Señor Cosme, qué mandais?
Cosm. Qué te mandó?.. Ah, buena pieza!
Dime, hombre, de dónde bienes?
Te he dicho veces diversas
que no quiero que con mi hija
hables á solas, y dexas
el trabajo para hacer
lo contrario? Brabo. Es esta
tu obediencia á lo que mando?
Respóndome, si es que aciertas.
Ruf. Señor Cosme, mire usted,
esta es la hora en que Aniceta
tiene mas trabajo, porque
como todas las haciendas
de la casa, á su cuidado
están, y son tan molestas,
yo procuro con ardor
ayudarla en muchas de ellas;
porque, creamelo usted,
me causa lastima el verla
tan afanada, que á veces
la pobrecilla se quexa,
y de cansada la gota
de sudor tan gorda suelta.
Cosm. Qué compasivo qué eres!
Habrá cosita mas tierna!
Con qué tú siempre has de estar,
quiera su padre ó no quiera,
taladrando los oidos
de mi hija? No consideras
que eso es malo? Pues aunque
yo ofrecida te la tenga
para tu muger, no debo
en Dios y en buena conciencia
permitir eso.
Ruf. Y qué puedo
hacer, si mas que á mi mesma
vida la amo!
Cosm. Eso es peor.
Y dime, te quiere ella?
La verdad.
Ruf. Qué si me quiere!
Ah, Señor!.. Aunque su lengua
no me lo ha dicho, porque

su honestidad y modestia
no lo han permitido, hay
otras lenguas mas parleras
que me aseguran su amor.
Cosm. Pero qué lenguas son esas?
Ruf. Las de los ojos.
Cosm. Pues se habla
con los ojos?
Ruf. Quanto quieran,
si se explican bien las voces,
y si se sabe entenderlas.
Cosm. Y sabe mi hija ese idioma?
Ruf. No quiere usted que le sepa?
Cosm. Pues hombre quién la ha enseñado?
Ruf. La misma naturaleza.
Mire usted, ayer... sí, ayer
estaba haciendo calceta.
Con cuidadoso descuido
me senté á su frente: apenas
conseguí que se encontrasen
nuestras miradas primeras,
dí un suspiro, y la guiñé:
se sonriyó, y me contexta
con otro suspiro y otra
guiñada; conozco cierta
mi ventura: levantéme,
y me planté cerca de ella.
Haber ese ilo? la dixe:
me le alargó, y à su vuelta
la apreté solo un dedito
y un pellizco me dió ella.
En buena razon, Señor,
quieren decir estas señas,
que el mismo amor que la tengo
es preciso que me tenga.
Ved aquí, pues, sin hablar
la inclinacion descubierta.
Cosm. Bueno: te tiró un pellizco,
y parece una tontuela.
Cuerno, y como de los lances
oportunos se aprovecha.
Pues Rufino, hablemos claro.
Yo te quiero bien, y en prueba
de ello te ofrecí á mi hija;
pero eso de que consienta
te ande tirando pellizcos
y guiñadas, no lo creas,
ó irse al instante á la calle,
ó á solas no hablar con ella.
Ademas, hombre, tú te hallas
sin ropa, hogar ni moneda,
y quieres casarte? Vaya,
mira bien lo que en tí encuentras.
Ruf. En mí solo encuentro un hombre
de tal qual inteligencia
para muchas cosas, que
en una corte aprovechan,
aunque aquí de nada sirven.
Que este bazadon le maneja
con brio, y sabe con arte
hacer producir las tierras
mas estériles. Y qué?
no es bastante esta riqueza
para que viva vuestra hija
con su Rufino contenta?
Yo tengo dos brazos fuertes,
y ella virtud y belleza;
pues para lo necesario
y ser felices, nos queda
mas que apetecer?
Cosm. Aun sois
mozos.
Ruf. Pero si se espera
la vejez para casarse,
no hay para el trabajo fuerzas.
Cosm. Pues bien: yo tengo que hacer;
Sale Andrea de la casa.
mi muger aquí se acerca;
con ella arreglalo todo,
y dexame.
And. No te acuerdas,
Cosme, que el Señor Alcalde
te aguarda?
Cosm. Sí; mas me estrecha
Rufino terriblemente
sobre su boda. Si piensas
que saldrá bien una union
aplastada de miseria...
And. Ese defecto le tuvo
cumplidamente la nuestra,
y hemos vivido contentos.
Cosm. Pues dispon tú lo que quieras,
que por mi parte lo apruebo;
menos hablar sin la lengua,

dar pellizcos y guiñadas.
And. Y qué quieren decir esas
cosas, que no entiendo?
Cosm. Tu hija
y Rufino harán las sepas.
A Dios.
And. Que no tardes, pues
estaré con impaciencia
hasta saber lo que quiere
el Alcalde.
Cosm. Enhorabuena. *vase.*
And. Por cierto que mi marido
habla con mucha prudencia,
Rufino, pues si el casarse
es muy poco lo que cuesta,
despues de casados es
quando el cargo y carga entran
del matrimonio. La casa,
la comida, la decencia,
criar los hijos que vienen...
Ruf. Por eso, Señora Andrea,
es preciso que se tome
temprano, para que puedan
los padres instruirlos bien.
Y piensa mal el que piensa
que solos los bienes hacen
la felicidad completa
de la vida. Un matrimonio
tiene dicha verdadera
con amarse los esposos
tiernamente; pues con esta
sola circunstancia, se hacen
dulces las amargas penas.
And. Eso es verdad, porque quando
se quiere de todas veras,
todo sobra aunque haya poco,
porque el amor alimenta.
Ruf. Bien pudiera yo ser rico!
Con eficaz sentimiento.
Mi crianza fué diversa
del estado en que me miro,
Señora Andrea!.. Mas estas
memorias debo olvidarlas,
por ahorrarme el padecerlas.
And. Cómo es eso?.. Cuentame
lo que ocultas. Si pudieras
estar rico, por qué causa
no lo estás?.. Habla... No temas.
Corre el velo á ese misterio;
que tu madre te lo ordena.
Ruf. Mi madre, Señora?.. Luego
Con ímpetu extremado de alegría.
será mi esposa Aniceta?
And. Sí, lo será, y prontamente.
Ruf. Ah, qué dicha tan completa!
Pues madre mia, quando uno
es muchacho, solo piensa
en hacer mil disparates.
Doce años contaba apenas
quando abandoné mi casa,
y aun padre, cuya riqueza
para su hijo conservaba,
pues me amaba con terneza.
Corrí la España y la Francia
con situaciones diversas
otros doce años. Mi padre
creo que murió de pena
mientras yo viajaba... Un tio,
(á quien Dios no tome cuenta
del agravio que me hizo)
ó fingiendo que yo era
muerto, ó que así lo creyó,
heredó toda la hacienda
que era mia, y me dexó,
como se dice por puertas.
And. Pero no puedes hacer
por justicia te la vuelva?
Ruf. Cómo? si su paradero
no hay, señora, quién le sepa?
Quando yo estaba en mi casa
me acuerdo que él en Valencia
se hallaba; no le ví nunca;
volvió á mi casa en mi ausencia,
á mi padre en este tiempo
dió la enfermedad postrera,
y ordenó en su testamento
que mi tio poseyera
su caudal hasta que yo
pareciese; y si era cierta
la noticia de mi muerte,
que fuese suya la herencia.
El todo lo hizo dinero
y se marchó. Yo á mi vuelta
á casa, hallé estas noticias,

y á mi tio no se encuentra.
Très años hace que os sirvo,
y me consolé. Aniceta,
hará mi felicidad.
Solo por ella, por ella
siento no ser rico!... Pero
mi sangre haré que se vierta,
para que nunca á mi lado
mire el rostro á la miseria.

And. Rufino, esos sentimientos
de sumo gozo me llenan.
Tú harás feliz á mi hija:
tu tio, tal vez parezca,
quando menos lo pensemos,
y podrás gozar tu herencia
sin disputa. Yo en tu boda
he de baylar la primera,
y habrá una música grande
de tiples y de vihuelas.
Ya me parece que me hallo
en ello.

Ruf. Señora Andrea,
Consternado de gozo.
usted es mi protectora,
y el Angel que me consuela.
Dadme á besar vuestra mano,
que de rodillas la espera
vuestro hijo.

And. Pobrecillo!
Toma... Con qué ansia la besa! *ap.*
si esto hace conmigo, qué
no hará con mi hija? Ahora, mientras
viene el amo, á trabajar,
Rufino; y conmigo cuenta. *vase.*

Ruf. Vivid, Señora, los años
que mi respeto os desea.
Ea, Rufino, ya eres
dichoso; ya no hay quien pueda
desvaratar tu fortuna
siendo tu esposa Aniceta.

Esta se asoma á la puerta de la casa, vé á Rufino, y manifiesta su alegría, observando la escena con cuidado.

Qué gozo respiro!. Y quál
será el que la cause á ella
quando la diga...

Anic. Rufino, *á media voz.*
estas solito?

Ruf. Sí, llega,
y sabras todas las dichas
que á tu Rufino le cercan.

Anic. Hallá voy. *Sale.*

Ruf. Ah, echizo mio!
Habrá criatura mas bella!

Anic. Pues qué hay de nuevo, Rufino?

Ruf. Hay buenas noticias.

Anic. Buenas
he? Y quáles son?

Ruf. Tus padres
que nos casemos intentan.

Anic. Al instante? *Con eficacia.*

Ruf. No; mas creo
será pronto... No te alegras?

Aniceta baxa los ojos manifestando á un tiempo rubor y terneza.

No se habre tu corazon
de gozo?.. Mas te averguenzas?

Anic. Ah, picarillo!...
Mirándola tiernamente.

Ruf. Ah, precioso
idolo de mis potencias!
Arrastrado de un impetu de alegría, la coge una mano; ella la retira con enojo.

Anic. Rufino... Rufino, qué haces?

Ruf. Es tanta mi complacencia,
dueño mio, que he perdido
el juicio. Por Dios te ruega
mi amor, que esta accion no cause
en tu honestidad sorpresa,
porque fué indeliberada.

Anic. Por eso, y por la primera
te perdono; pero mira
que otra vez no te suceda.

Ruf. Lo ofrezco así, dulce dueño.
Mira, habrá en la boda nuestra
grande música, y tu madre
dice que baylará en ella.

Anic. Aquel dia me pondré
mi gran guardapies de seda,
y estaré brillante, para
que á tí mejor te parezca
solamente; porque hay otras
casadas que solo piensan
en adornar sus personas,

(y muchas con indecencia)
no para que sus esposos
se agraden mucho mas de ellas,
sino porque mas preciosas
las halle el que las corteja.
Yo me guardaré de hacer
lo que estas malvadas hembras.
Ruf. Oh, Aniceta! Qué dichosos
todos los casados fueran,
si pensasen sus esposas
de la manera que piensas!
No necesitas vestido
para rendir tu belleza
mi corazon. A la que
la dió la naturaleza
el don de agradar, no tiene
necesidad de que sea
socorrida por el arte,
que quanto hace es apariencia.
Un corazon siempre fino,
y una voluntad síncera,
son los mejores adornos
de la hermosura.
Anic. Pues esas
dos cosas, Rufino mio,
en mí creo que se encuentran
para tí solito.
Ruf. Y yo
te adoraré hasta que muera.
Anic. Pero es preciso que siempre
pienses así.
Ruf. Si sospechas
de mí otra cosa, será
hacerte agravio á tí mesma.
Anic. En siendo firme tu amor,
serán mis dichas completas.
Ruf. Pero tú me amarás siempre.
Anic. Sí te amaré siempre? Apuesta
á que te amo aun mas que á mí,
y aseguro que no pierdas.
Escucha. Yo ayer mañana
estaba en aquella reja
por si te podia ver.
Algun tiempo estube atenta
mirando dos pajaritos,
que uno de otro estaba cerca
sobre un ramo. Se miraban
con atencion y terneza
un momento, y luego el uno
con el pico al otro estrecha
estendiendo sus alillas.
El otro alegre gorgea
muy bajito, suponiendo
el gusto que le deleita,
y pagando con iguales
cariños tantas finezas.
Yo dixe entónces, sin duda
que el amor mas puro reyna
en estas dos avecillas;
pero por grande que sea,
nunca podrá compararse
con el que mi alma profesa
á mi Rufino. Mira si esto
es amarte ó no de veras.
Ruf. Dichoso quién esto escucha!
Bendita tu boca sea! *Sale And.*
And. Bueno... Bravísimo: cumples
Rufino de esta manera
con tu obligacion?... Es esto
lo que te encargué que hicieras?
Ruf. Sed sola esta vez piadosa
conmigo, Señora Andrea.
Ya me voy á trabajar:
solamente quise hacerla
presente vuestra bondades.
Anic. Madre mia, con qué es cierta
Con viveza y alegría.
la noticia de que al punto
nos casamos?
And. Sí; mas mientras
se dispone todo, estarse
siempre charlando, he? No piensas
que es preciso que Rufino
trabaje, y tú no le dexas?
Con mucha razon tu padre
que esteis juntos lo reprueba;
yo no debo permitirlo,
porque es contra la decencia,
y por lo mismo, vosotros
dale que dale en que sea.
Anic. Y qué mal en esto hacemos,
si la vista se recrea
con veros el uno al otro
y no mas?

Sale Cosme por la puerta de la huerta.
And. Tu padre llega.
Ruf. Voy al punto á trabajar
con corage.
Toma su hazadon y hace que trabaja, mirando siempre á Aniceta. Esta le corresponde sonriéndose alguna vez. Llega Cosme muy alegre cantando, paseándose, y echando las piernas á compas del cantico.
Cosm. La, lalá, lelá.
And. Cosme, qué es eso? Qué traes?
Siguiéndole.
Dime, qué alegría es esa?
Cosm. Hecha á tu hija de aquí. *ap.*
y continua cantando y paseándose. Rufino dexa el trabajo y se acerca á Anic.
lará, lalí, lí, larela.
Pero tú, qué haces aquí?
Es ese tu puesto? Dexa *á Rufino.*
el hazadon, y á buscar
ves á Blas.
Ruf. Con mi obediencia
os respondo. Pero.. No
olvideis...
Cosm. Qué?
Ruf. Qué Aniceta...
Cosm. Tira pellizcos y guiña.
Mirándola con ceño: ella se averguenza y vuelve el rostro á otra parte.
Si, si; ya veras la fiesta
que anda. Ves á lo que he dicho,
y hablaremos quando vuelvas.
Ruf. Voy corriendo... A Dios, preciosa. *á Aniceta ap. al paso.*
Anic. Hablador!... No te averguenzas?
Ruf. Ya veras que el descubrirlo
trae felices consecuencias.
Vase por la puerta de la huerta.
Cosm. Por mas que haga el tal Ruf. *ap.*
á la luna de Valencia
se quedará... Lala, li, li.
Tira de los guardapies á And.
Haz que se vaya Aniceta, *ap. á ella.*
porque tenemos que hablar.
And. Ves á arriba, y haz que cueza
bien la olla.
Anic. Voy, Señora. *(ella.*
Pero es encargo que mientras *ap. á*
mi padre de buen humor
está, le hagais que convenga...
And. En tu boda? *lo mismo.*
Anic. Si Señora.
And. Se hará. Ves, y date priesa.
Vase Aniceta muy alegre.
Vaya, visiste al Alcalde?
Le hablaste?
Cosm. Lalá, la lela.
And. Qué me dices?
Cosm. Poco á poco
muger, que cosas como estas
despacio explicarse deben.
Al Alcalde ví en su mesma
casa: me habló, y le hablé.
Es hombre de grandes prendas,
el tal sosodicho Alcalde.
And. Pero qué queria?
Cosm. Espera,
que á eso voy. Talà, talila.
Qué alegre estoy!... No te acuerdas
de un mozo, y qué bravo mozo!
que nos sirvió en nuestra huerta,
cuyo nombre y apellido
era Casimiro Lerga?
And. Toma, pues no he de acordarme,
si habrá nueve años apenas
que nos sirvió? Le quisimos
mucho. Qué bendito era:
y quanto amaba á nuestra hija,
aunque era tan pequeñuela!
Siempre sobre sus rodillas
la hacia saltar; pero ella
le pagaba. Me parece
que le estoy viendo.
Cosm. Y quisieras
verle?
And. Mucho me alegrara.
Cosm. Pues le veras pronto, en prueba
de ello, mira lo que traigo.
santo metal!.. Qué bien suena!
Saca de la faldriquera, y echa en la montera unas monedas de oro.
And. Qué veo? Sueño ó delirio?
Cosm. No, ni deliras ni sueñas.

And. Pues dí, qué es esto?
Cosm. Esto es,
que tarde ó temprano llega
el tiempo de que su premio
encuentren las obras buenas.
Yo hice á Casimiro algunas
en medio de mi pobreza,
siendo mi mozo; ahora es rico;
del bien que le hice se acuerda,
y à nosotros nos le hace
dandonos estas monedas.
And. Bendito sea Dios!
Cosm. Hay mas:
casarse con Aniceta
solicita. Tiene quatro
pares de mulas, las tierras
para esta labor: dos casas,
dos alquerias, de ovejas
dos rebaños, y diez viñas;
cuya abundante cosecha
hará un balsamo precioso
para que yo me le beba.
En su compañía quiere
que vivamos: que esta huerta
dexemos, y que será
de todos su mucha hacienda.
Hoy ó mañana á lo mas
estará aquí; pero dexa
leeré su carta, y sabras *la saca.*
toda esta verdad por ella.
Lee. Creerás, acaso, amigo Cosme, que se ha olvidado de tí tu criado Casimiro, que hace nueve años que cultivaba tu huerta? Pues te engañas. Siempre he tenido presente las obligaciones que te debo. Desde que me separé de tí, de tu buena esposa, y de mi amable Anicetita, procuré labrar mi fortuna, y lo consegui por medio del comercio. Me ví rico, y le abandoné estableciendo mi casa en este pueblo, donde tengo quatro pares de mulas en la labor de muchas y buenas tierras, con dos casas, dos alquerias, dos rebaños de ovejas y diez viñas. Quiero que todo esto lo disfrutemos formando una sola familia; para lo qual, si Aniceta no se ha casado, la dirás que la amo para mi esposa; esperando y de su buena madre la Señora Andrea, que me concedereis esta gracia para que todos seamos dichosos. Yo estaré hay tan pronto quizá como esta mi carta; la que te entregará con cincuenta doblones, para que los gastes en mi nombre, mi amigo y Señor Bernardo Alvarez, Alcalde de ese pueblo. A Dios, mi querido Cosme. Abraza de mi parte á tu esposa y tu hija mi mugercita, y manda á tu amigo que te estima = Casimiro Lerga. = Illescas 4 de Marzo de 1804.
Rep. Qué te parece?
And. Qué gusto
me ha causado esa leyenda!
Y qué grande le tendré
quando al que la ha escrito vea,
le hable y abrace!
Aniceta se asoma á la puerta de la casa, mira á los dos como recelándose, y dice.
Anic. Aun están
allí los dos. Si pudiera
oir si hablan de la boda,
pero sin que á mi me vieran...
Detras de quel árbol... Sí;
provemos. Quánto amar cuesta!
Sale, camina de puntillas, y se oculta detras del árbol.
Cosm. Con qué nuestro Casimiro
se porta, he?
And. De manera,
que dichosos hacer quiere
á los dos por Aniceta.
Anic. Por mí?... Quién será este hombre
que así por mí se interesa?
And. Ahora quiero que me digas
como en este empeño piensas?
Cosm. En qué empeño?
And. El de Rufino;
le ofrecimos á Aniceta,
y si ahora se la quitamos
para que otro la posea...

Anic. Qué escucho? Poseerme otro?
Primero la muerte venga!
And. Ya ves que este es un empeño
de muy malas consecuencias.
Cosm. Muger, tú eres una tonta:
Con qué ese empeño te inquieta?
Si no está contento así,
que se vaya y jamas vuelva.
And. Eso no; hay otros medios
mejores y nada cuestan.
Tu hija y él se quieren mucho,
mucho; y tanta resistencia
habrá para separarlos
en Rufino como en ella.
Anic. Separarme del qué amo?
seguro está que lo vean.
Cosm. Por lo que à él hace, no tomes
cuidado: à mi cargo queda.
No faltaba mas, sino
que mi fortuna perdiera
por sostener la palabra
que por chanza le dí à un bestia.
And. Quànto dará que sentir
esta noticia á Aniceta!
Cosm. Eso durará muy poco.
Quando llegue á verse ella
echa una gran señoraza,
vestida de plata y seda,
servida de muchos criados,
y cercada de opulencia,
crees tú que de Rufino
jamas á acordarse vuelva?
And. Pero hombre, con buenos modos...
Cosm. Nada de eso; estas materias
sin rebozo han de tratarse,
con claridad y franqueza.
Yo acabé mi profesion
y el su servicio; pues fuera,
à la calle, santas pascuas,
y se concluyó la fiesta.
And. Yo creo que algun disgusto
nos produzca esa imprudencia. (pobre
Cosm. Disgusto?... Y de quien? De un
pelagatos. No seas necia:
yo todo lo compondré.
Diez viñas!.. Que complacencia
tendré en el Otoño oyendo
en el lagar que chirrea
la viga, y en las tinajas
ver hervir á toda priesa
aquel delicado caldo
que las dulces kubas sueltan!
And. Yo le diria á Rufino...
Cosm. Ya digo no es de tu cuenta
ese negocio. Habla á tu hija;
dila su dicha y la nuestra;
y si se resiste, yo
la hablaré y haré que ceda,
ó sino... Pero ya sabe
mi modo de partir peras.
Yo vuelvo al punto á la casa
del Alcalde que me espera
para que todo se arregle.
Pero ántes esta moneda
guardaré. Talà, la, li,
talalila, talalela.
Vase cantando y baylando.
And. Lo que mi marido quiere,
la razon lo desaprueba.
Pobre Rufino, qué hará!
y qué dirá quando sepa...
Sale Aniceta corriendo y sumamente agitada.
Anic. Ah, madre mia!..
And. Qué tienes, *con mucho sobresalto.*
Aniceta mia?
Anic. Penas
y mortales desconsuelos!
Con qué, ay Dios!... Mi padre ordena
(porque todo lo he escuchado
detras de ese árbol) que sea
Rufino echado de casa,
y otro mi esposo?
And. Y contenta
debes estar de que así
remunerado se vea.
Casimiro, aquel criado
que tuvimos, si te acuerdas;
es hoy muy rico, te quiere
hacer señora opulenta,
y dichosos à tus padres.
Y que, tú seràs tan necia
que à una fortuna tan grande
opongas tu resistencia?

Anic. No hay para mí mas fortuna
que Rufino. En él se encuentra
toda mi felicidad;
Lo demas será violencia.
Y usted podrá consentirlo
siendo una madre tan buena?
And. Y qué he de hacer?.. peor será
que haga tu poca obediencia
desgraciados à tus padres,
siendo asi, que les franquean
la dicha, y está en tu mano.
Bien se que amas con terneza
á Rufino; que él te adora,
que es digno de que le quieran,
y que te costará mucho
olvidarle. La primera
inclinacion, no se vence
facilmente; pero apenas
la mas amada y servida
de Casimiro te veas,
á Rufino olvidarás,
y amaràs al que te eleva
á estado lucido .. Es
lindo mozo... No te acuerdas
que saltar te hacia sobre
sus rodillas con frecuencia?
Quánto te queria!.. Y quànto
le querras si consideras...
Repara en que Aniceta está mirando á la puerta de la huerta por donde se fué Rufino, sin atender á sus palabras, y continúa diciendo.
No me escuchas?
Anic. No Señora.
Como volviendo de su distraccion.
And. Con qué mis palabras llenas
de verdad, y amor á mi hija,
no has oido?
Anic. Ni una siquiera.
And. En qué piensas?
Anic. en Rufino;
lo demas no me interesa.
And. Con qué...
Anic. Con que, madre mia,
si con mi condescendencia
ha de ser mi esposo ese
Casimiro, que pudiera
no haber venido á inquietarnos
con su maldita riqueza,
jamas tal boda se hará;
yo sugetaré á la fuerza
mi mano; pero Rufino
será siempre el dueño de ella,
por mi voluntad.
And. No importa
que pienses de esa manera
ahora; pasará algun tiempo,
y veras como celebras
el tener á Casimiro
por marido. La opulencia,
el fausto y las ricas galas,
á qué muger no la alegran?
Anic. A mí, que desprecio todo
lo que Rufino no sea.
And. Yo me acuerdo le llamabas
tu maridito.
Anic. En aquella
ocasion no conocia
á Rufino.
And. Esas respuestas
no debieras darme; mas
escucha estas advertencias.
Pues es fuerza le abandones,
no le hables ni le veas:
olvida lo que ha pasado,
la memoria de él desecha,
piensa solo en Casimiro,
lo que te ama considera,
y la generosidad
que á tus pobres padres muestra.
Que á estos dichosos hará
un sí tuyo; y si le niegas,
que serás la unica causa
de su desgracia y miseria.
Y quando estas reflexîones
ni te obliguen ni te venzan,
diremos que eres una hija
la mas cruel y mas fiera;
y Dios sabrá castigar
tu loca desobediencia.
Piensalo, Aniceta, bien,
y nos daras la respuesta. *Vase.*
Anic. Qué desgraciada qué soy!
Quién esto esperar pudiera

en un dia en que mis dichas
las contemplaba tan ciertas
y tan cercanas! Qué este hombre,
este Casimiro venga
á querer que nos mezclemos
en su fortuna!.. Pudiera
guardarsela, y no quitar
la paz de mi alma con ella!
Pobre Rufino!.. Ah, maldito
dinero! .. Ojalá no hubiera
ninguno en el mundo! Menos
desgracias en él se vieran.
Mas querré con mi Rufino
tener una saya vieja,
que con ese Casimiro
veinte vestidos de seda;
sin gusto todo fastidia;
pero con él todo alegra.
Viendo salir á Rufino.
Pero ya viene... Ay Dios mio
y que novedad le espera!
Se sienta junto al pozo, y al llegar Rufino se cubre el rostro con el delantal, llorando.
Ruf. No hay cosa que alegre mas
Muy alegre.
al alma, que ver la prenda
que adora. Pero qué advierto?
Aquí está la que embelesa
mi corazon y sentidos.
Ah, mi querida Aniceta!
Yo me he encontrado á tu padre
muy alegre. Qué, es ya cierta
nuestra dicha?.. Sabes si
tu madre le ha hablado acerca
de la suspirada union
de los dos? Pero qué observan
mis ojos! Qué tienes?.. Cubres
tu cara, siendo tan bella, *la descubre.*
y lloras?.. Qué ha sucedido? *la lebanta.*
Anic. Ah, Rufino!.. Yo estoy muerta!
Ruf. Pero qué tienes, bien mio?
La causa me manifiesta
de esa amargura. Bien sabes
me toca la mitad de ella.
Nada puede consternarme
como á tu Rufino quieras.
Anic. Te quiero... Te amo. Por esto
lloro, y paso tantas penas!
Ruf. Por qué me amas?
Anic. Si.
Ruf. Y quién puede
causartelas?
Anic. Los que intentan
que te olvide, y que á otro ame.
Pero de que sirven estas
obscuridades, si todo
ponertelo claro es fuerza?
Mis padres á un hombre estraño,
pero muy rico, hoy esperan;
pretende mi mano, y ellos
á que le admita me fuerzan,
y a que de mi corazon
te destierre... Ay Dios!... Contempla
si mi desesperacion
y llanto son justos.
Ruf. Dexa...
que tome aliento, porque
al oirte, la sorpresa...
me hace temblar... y las voces
el labio... á formar... no acierta!
Pero tu padre... tu madre...
Anic. Están de acuerdo: los ciegan
los malvados intereses.
Ruf. Y sus sagradas promesas?
Anic. Las desconocen y olvidan.
Ruf. Qué quieren hacer?
Anic. Violencias,...
tiranias!
Ruf. Con qué todos
contra mí son!
Anic. No; á Aniceta
tienes, y siempre tendras
de tu parte.
Ruf. Pues con esa
satisfaccion, qué temores
puedo tener?
Anic. Considera
que son padres y me obligan.
Ruf. No lo harán como no quieras.
Pero tú qué has respondido?
Anic. Qué quieres que respondiera,
amandote y siendo tuya?
Pero con todo, te se echa

de aquí: yo quedaré sola:
aquel de quien quieren sea,
será el unico á quien dexen
que me hable y que me vea,
y así el rigor de mis padres,
hará que el mio se venza,
y que la crueldad consiga
lo que el amor no consienta.

Ruf. Es decir, que al fin daras
Con toda seriedad.
la mano á ese hombre... No es esta
la conclusion de tus voces?
Muy bien: sea enhorabuena.
Lo entiendo así, señorita;
solo una palabra resta.
Los solemnes juramentos
que me hicisteis, las promesas
con que ofrecisteis ser mia
os vuelvo: ya están desechas:
gozad á ese hombre mil años,
y el pobre Rufino muera.

Anic. Ay Dios!.. No era ya bastante
Con suma afliccion.
desgraciada, sin tus quejas
injustas!.. Das ese premio
á las ansias que me cuestas?
Cielos, yo fallezco!.. Pero
no merezco que así sea!
Se apoya en un árbol llorando.

Ruf. Si no lo mereces, no,
no llores, bien mio... Habierta
Corriendo á ella y la sostiene.
mi alma está para en su centro
recibirte... Mis ternezas
vuelve á admitir: me arrastró
un impetu de imprudencia,
fundada en ver que te arrancan
de mi corazon, las fieras
manos de mis enemigos.
Perdoname: te lo ruega
mi amor, puesto de rodillas
á tus pies *lo hace.*

Anic. Que te conceda
Mirándole con terneza.
perdon pides a quién es
esclava tuya!.. Mas llegan
mis padres: levantate.

Ruf. No, no importa que me vean,
pues les hablaré de modo
que mi razon les convenza.
Salen de la casa Cosme y Andrea, Rufino se levanta.

Cosm. Qué es esto?.. Tú de rodillas
ante mi hija? Pues qué, es ella
alguna santa, y la pides
que por tí á Dios interceda?
Amigo, ya se acabó
tu servicio: ya no hay huerta,
ya no hay Cosme, ya no hay nada
que en mi casa te detenga.
Vamos, Señorita, marche
á Aniceta asiéndola del brazo.
usted sin darme respuesta,
á cumplir con sus deberes,
antes qué...

Ruf. No señor; ella
no se irá de aquí, sin que
primero de usted yo sepa
porqúe quereis obligarla
á que sin su gusto sea
de otro esposa, quando á mí
me la ofrecisteis.

Cosm. Es buena
pregunta por cierto. Pues
tengo yo que darte cuenta
de mis determinaciones,
ya nieguen ó ya concedan?
Habra mayor animal!

Ruf. Vase despacio con esas
voces injuriosas, pues
el que una vez las tolera,
otra puede ser que no.

And. Sin que á nadie se haga ofensa,
debemos, marido, hablar.

Ruf. Usted me hizo la promesa
de que Aniceta seria
mia; la Señora Andrea
me la ofrecio; así lo quiere,
lo solicita y desea
vuestra misma hija... Pues
qué ley, qué razon ordena
que se me arranque del alma
con rigor y con violencia
su mas preciosa porcion,

y sin la qual no pudiera
yo existir? . Mientras que aliente
no creais que efecto tenga
la nueva union que ha admitido
sola la codicia vuestra.
Cosm. Y acaso serás capaz
de estorbarmelo? No es ella
hija mia, segun dice
su madre? Pues con quien quiera
la casaré.
Ruf. Sereis un...
Cosm. Un qué?.. Yo te haré que entien-
das *dirigiéndose á él con furia.*
que soy hombre para darte
treinta palos... Marcha fuera
de mi casa. *empujándole.*
toma y levanta el hazadon para darle, Cosme se retira.
Ruf. Si otro paso
dais hacia mí, la cabeza
os parto.
And. Rufino, qué haces?
interponiéndose entre los dos.
Anic. Que á mi padre así te atrevas?
lo mismo.
Cosm. Sino me desvio de él, *ap.*
los sesos me echa de fuera.
Qué diablo!
Anic. Qué al que ha de ser
suegro tuyo, así te atrevas?
Cosm. Toma, con lo que ahora sale
la inocentilla.
Ruf. Quisiera *avergonzado.*
que la tierra me tragara
antes que verme en tan negra
situacion!.. Anda, maldito *le tira.*
hazadon, que á mi imprudencia
diste fomento. Señor
Cosme, perdonad por esta
sola vez mi desacierto.
Cosm. Que perdone, y si me dexas
caer el hazadon encima,
me aplastas como una breva
los sesos.
Ruf. Con que tres años
de servicio, vuestra hacienda
haber tanto adelantado,
ofrecerme en recompensa
á vuestra hija varias veces,
y amarnos con tal terneza,
nada sirve? Todo falta?
Anteponeis la riqueza,
á unos sagrados contratos,
y por ella se desprecia
á un mozo honrado, y se quiere
violentar la hija?
Anic. De ella *ap.*
poco fruto sacaràn
aunque mil vidas perdiera!
Cosm. Qué pesado que eres, hombre!
Si la cosa está ya echa,
tienes que hacer mas que irte
y busca otra conveniencia?
And. Mas dulzura, Cosme; mas *á él ap.*
moderacion y prudencia.
Cosm. Dime, quándo enarboló *lo mismo.*
el hazadon, fué con ella?
Ruf Mirad que podrá pesaros.
Cosm. Me amenazas, hé?.. Pues dexa
que nos veremos.
And. Rufino,
Cosme, dexad competencias,
que Dios sabe todavía
lo que será.
Cosm. Que en Illescas
seré Regidor lo menos.
Y quereis que yo esto pierda
por... Por quién diré? Por nadie,
que esto es el hombre que aprecias.
á Aniceta.
Anic. Para mi lo será todo,
pues con él estoy contenta...
Ruf. Se habló bastante. Esto es echo.
Yo sabré vengar mi afrenta.
Cosm. Eso es muy bueno; tú eres
dueño de hacer lo que quieras.
And. Mira lo que haces, Rufino.
Mientras hablan ap. Cosme y Andrea, lo hacen en iguales términos Aniceta y Rufino.
Anic. Si me amas, dime, qué intentas?
Ruf. Vengarme.
Anic. De quien?
Ruf. De quién...

Anic. No lo haràs, pues te lo ruega
la que te ama!
Ruf. Y me expondré
á qué otro te goce?.. Aprecia
mi resolucion, pues vá
á vengarnos. No, no creas
que mi ribal tendrá el gusto
de llamarte suya.
Anic. Mientras
yo tenga juicio, no tienes
que temer que de otro sea.
Cosme vuelve la cara, los vé, corre, ase á Aniceta del brazo, y la retira de Rufino con ira.
Cosm. Aun estas aquí, y aun
á Rufino y luego á Aniceta.
delante de mí, tú llegas
á él y le hablas? Vamos
á casa.
Ruf. Pobre Aniceta,
y desgraciado Rufino!
Huiré de aquí por no verla!
Se pone las manos en la cabeza, y se retira cerca del pozo, quedando de espaldas.
And. Ay Dios! . Cosme, dexala.
Procurando tranquilizarlos.
Hija, no llores ni sientas.
Rufino, sosiegate.
Las cosas no se remedian
con la desesperacion;
pero sí con la prudencia.
Ruf. Muy bien, Señora. Ya nada
volviendo al lugar que tenia con semblante y tono colerico.
me aflige. Ya está resuelta
mi justa sasisfaccion.
A Dios, preciosa Aniceta;
si tú eres mia, Rufino
tuyo será hasta que muera.
Anic. Detenedle, madre mia.
Rufino, Rufino, espera.
Rufino que partió precipitadamente sin detenerse á los dos versos anteriores, lo hace viendo salir corriendo á Blas por la puerta de la huerta, y diciendo con precipitacion.
Blas. Tio Cosme, venid corriendo,
porque un coche de colleras
en vuestra casa á parado;
y un Señor que ha entrado en ella,
y salió del, preguntó
por usted, y allí le espera. (vamos
Cosm. Este es nuestro hombre.. Hallá
sigueme corriendo, Andrea, *muy alegre.*
tomaremos posesion
de viñas, mulas y ovejas.
Anda, ó te llevo arrastrando.
A Aniceta que la lleva tirándola del brazo. Ella vuelve la cara á Rufino, cruza las manos, dice el verso que sigue con la mayor expresion de sentimiento, la ase tambien Andrea con iguales demostraciones, y se entran con Blas por la puerta de la huerta.
Anic. Rufino! . Ah!.. Qué me llevan!
Ruf. Yo no puedo desprenderte
de esos brazos, que respeta
mi veneracion; mas puedo
vengarme ya que te pierda.

ACTO SEGUNDO.

El sol habrá llegado cerca del punto de medio dia. Por la puerta de la huerta, sale Rufino vestido de soldado con sable. Reconoce con cuidado la escena, y despues dice.

Ruf. Nadie parece... Estarán
embriagados con la fuerza
de la alegria, al mirar
en su casa, al que fomenta
su dicha, mi desconsuelo,
y tal vez mi muerte... A esta
no temo como consiga
vengarme... Pobre Aniceta!..
Hoy tienes dos pretendientes,
y mañana tal vez sean
los dos cadaveres! Vamos
á lo que ahora me interesa.
Pasa á la puerta, llama al Sargento, sale éste y llegan al medio del teatro.
Entrad, mi Sargento.
Sarg. Pronto,
para quanto te se ofrezca,
me tienes.
Ruf. Ya soy Soldado...
Sarg. Pero hombre, qué bien te sienta
el vestido!.. Que, parece
que toda tu vida á cuestas
le has traido, segun el
garvo con que le manejas.
Ruf. Decia que soy Saldado;
pero esto, en la inteligencia
de que me habeis de cumplir
vuestra generosa oferta.
Sarg. Jamás faltó á su palabra
el Sargento Bocanegra.
Ruf. Os declaré mis desgracias
y estais en fovorecerlas,
consintiendo en que me vengue
de mi ribal esta mesma
noche, y haciendo despues
que con toda ligereza
me lleven al Regimiento,
para que aquí no me prendan,
y pueda disimularse
que fuí el homicida.
Sarg. Espera.
El homicida? Hasta ahora
no se trató esa materia;
solo si que le darias
dos cuchilladas de á tercia;
pero en parte donde no
se temiese que muriera.
Ruf. Y donde darlas podré,
sin tal peligro?
Sarg. En las piernas;
que así podrá quedar cojo,
pero no muerto. Quisiera
ser yo el ofendido, para
que admiraras mi destreza.
Ruf. No creo que á mi me falte,
como dirá la experiencia.
Sarg. Caspita!.. La cuchillada *ap.*
que este dé, ya será buena.
Yo tengo por sospechoso,
que á los dos juntos nos vean.
Ruf. Como vengo á que me ajuste
este vil amo la cuenta,
no es reparable.
Sarg. Con todo,
estar yo aquí no aprovecha
para nada hasta la noche,
que te esperaré á esa puerta,
para que con mas reclutas
marches, luego que completa
tu venganza esté. Me has dado
por esta gran vagatela
el dinero de tu enganche,
y servirte en todo es fuerza.
Para que esto se remedie, *ap.*
yo daré al Alcalde cuenta;
y el dinero del enganche
se gastará en la tormenta,
que esta tarde correré
con dos mozas que me esperan.
A Dios *Vase.*

Ruf. Esto es echo. Soy
Soldado, porque mi adversa
suerte lo ha querido así.
Las cosas están dispuestas
perfectamente; me oculto
esta noche donde pueda
executar mi deber,
y marcho sin que à ver vuelva
á mi Aniceta adorada.
Pero partirme sin verla,
y decirla: A Dios, bien mio!
estas serán las postreras
palabras, que tu Rufino
te diga!... Mas que hará ella?
Qué hará?... Suspirar, llorar,
desesperarse!... No: es fuerza
evitarlo. No es amor
el que á lo amado atormenta.
Infelíz de mí!... Qué estado,
que situacion tan funesta
la mia! Por una parte
he perdido á la que era
toda mi alegría, toda
mi gloria y mi complacencia.
Por otra, mi libertad,
y por otra, veo expuesta
mi vida, si se descubre
la satisfaccion sangrienta
y criminal que he resuelto,
si en posesion no me dexa
del bien que quiere usurparme.
Le hablaré, le haré que sepa
la injusticia que se me hace;
y si mi razon desprecia,
ella le darà la muerte,
por mucho que se defienda.
A Aniceta me han robado,
y quieren que yo perezca;
pues sea así; pero antes
mi ribal su sangre vierta.
Pero ruido siento... Alguno

Sale Aniceta.

viene aquí... Ay Dios, qué es ella,
y ya me ha visto!

Se oculta detras del árbol, cubriéndose el rostro con las manos para no ser conocido de Aniceta, la que llega cerca de él con timidez.

Anic. Señor
Soldado, á quién en mi huerta
buscais?

Ruf. A la mas preciosa *finguiendo la voz.*
joya, que hay sobre la tierra;
pues la dieron las tres gracias
quantas pudieron, y en esta
huerta la perdí.

Anic. Dos cosas
me hacen creer, que os interesa
poco esa joya: la una,
porque no tuvisteis de ella
el cuidado necesario
para que no se perdiera;
y la otra, ver que no haceis
eficaces diligencias
para buscarla; porque
cómo es facil que parezca,
si os estais detras de ese árbol,
y con la vista cubierta?

Ruf. Y creereis que si la encuentro,
podré acaso poseerla?

Anic. Siendo vuestra por qué no?

Ruf. Pues ya la encontré, Aniceta.

Sale corriendo: Aniceta se sorpreende y tiembla al reconocerle.

Anic. Qué miro! Rufino! Ay Dios!...
Soldado?... Terrible pena!

Consternada de sentimiento, apenas podrá sobstenerse; lo que advertido por Rufino se acerca á ella con precipitacion y amargura.

Ruf. Aniceta, dueño amado,
quieres hacer mas completa
mi desgracia, abandonando
tu vida así?

Anic. Tú te acercas

separándose de él con furor.

á mí, cruel?.. Tú pretendes
que á tratar otra vez vuelva
à un injusto que conspira
contra mi vida?... Son estas
tus palabras? Tú amor este?
Esta tu fé y tus promesas?
y sobre todo; es acaso
la confianza que debieras

tener, en quien te juró
amarte mientras viviera
y no ser de otro?... Traidor!
Que bien pagas mis finezas,
y los continuos suspiros
y cuidados que me cuestas!
Te has echo Soldado y vienes
á duplicarme las penas,
viéndote ya sin arbitrio
para que mio pudiera
llamarte siempre? La muerte,
que perezosa se muestra
á la infeliz que la llama
y que con ansia la espera!
Pero no tardará mucho
en conducir á Aniceta
al sepulcro!... Yo hallaré
medio para que así sea.

Se va precipitadamente, Rufino la sigue para detenerla, con afliccion y viveza. Vuelve ella el rostro, se para y continúa diciendo.

Adónde vas?.. No me sigas;
juzga que mi muerte es cierta;
pues no pudiendo ser tuya,
justo es que Aniceta muera!

Vuelve á caminar con la misma desesperacion, Rufino la detiene.

Ruf. Pues si es justo mueras tú,
mas justo será que veas
mi muerte primero.

Desembayna el sable, quiere herirse con él, y ella corre y le detiene.

Anic. Oh! Dios!..
Rufino, que me atraviesas
el corazon!

Ruf. Esa voz
a mi accion dexa suspensa!
Ah, Aniceta! Que infelices
nos ha echo la riqueza
de ese hombre que te pretende!
Pero seras satisfecha,
y satisfecho seré,
con el que se halla en mi diestra.

Anic. Embaynale, y da al olvido
lo que hace que me estremezca.
Con qué el reparo de un riesgo,
quieres que otro mayor sea?
y un disparate que has echo,
crees que otro le remedia?
No, Rufino; has procedido
con sobrada ligereza,
sembrando en mi corazon
la mas amarga y funesta
desesperacion, con ese
vestido, de otra manera
pensaba yo! de otro modo,
la borrasca tan desecha
en que nos vemos, quería
ó aplacarla ó deshacerla!
Solo en esto contemplaba;
solo para esto dispuesta
esta carta te tenia. *la saca.*
Toma, leela; y contempla *se la dá.*
si merece lo que has echo
la que de ese modo piensa!

lee Ruf. Querido Rufino de mi alma. Aun no he visto la cara á este hombre que nos ha quitado la paz que reynaba en nuestros corazones; porque aunque he estado á su presencia, no alcé mis ojos de la tierra. Me ha hablado con terneza, y yo le he respondido tan indiferente y desdeñosa, que mis padres estan desesperados, y él poco satisfecho. Se me ha ocurrido un pensamiento, que aunque algo expuesto, puede sernos útil, si le aprueba. Para comunicartele y tratar de su execucion, te espera luego que anochezca en la huerta, cerca del arbol grande, la que siempre será tuya = Aniceta.

Rep. Ah, fortuna incomparable!
Bendita la mano sea,
que estampó estos caracteres,
para que yo á vivir vuelva!
Letras, que vivificais
á mis esperanzas muertas,
yo os besaré tantas veces,
como sois vosotras letras.

Anic. Vamos ahora á lo que importa
y esas tonterias dexa.
Mi padre y su amigo fueron

á visitar la Alcaldesa,
y mi madre pasó á ver
á mi prima hermana Petra,
y es regular que no tarden;
con que escucha antes que vengan.
Este hombre, tiene cogidas
en este lugar, las sendas
principales, para que
en él atendidas sean
sus razones, y que la
razon tuya, desatiendan.
Mis padres, han de seguir
la ley que imponerles quiera;
y el Alcalde, que es su amigo,
como tal creo proceda.
Sabes que su habitacion
tiene en otro pueblo, y cerca
de este, mi tia Jacinta;
que su marido me aprecia
con extremo, y que te estima
con particular terneza;
que es muy rico, y que su alma
de humanidad está llena,
aunque es escribano. Sabes
igualmente, que en diversas
ocasiones, á su casa
por lo que me aman, me llevan,
y que me dan para cintas,
y otras muchas friolerás,
algunos pesos, los quales
mi aplicacion los conserva,
y hoy pueden facilitar
el buen exito á mi idea.
De aqui esta noche me sacas,
y con mis tios me llevas;
les instruiremos de todo
el rigor y la violencia
de mis padres, nos oirán
con lastima, y con clemencia
querran hacernos dichosos,
sacandote la licencia,
y casandonos. Y aunque
á primer vista parezca
que estas felices resultas
mi amor me las representa,
y que nunca acreditadas
las dexará la experiencia,
pues siempre aquel facilita
lo que con ansia desea:
la misma razon tambien
me alienta, pues no hay quien crea
que este hombre que me pretende,
tenga tales tragaderas,
que sabiendo que me he ido
contigo una noche, vuelva
á solicitarme para
su esposa; con que con esta
fuga, llamemosla así,
nuestros males se remedian,
porque quitadas las causas,
luego los efectos cesan;
quedamos libres, y sin
enemigos... Té hace fuerza
mi razon, Rufino mio!

Ruf. Tu solamente pudieras
producirla.

Anic. No soy yo
su autora,

Ruf. Pues quien?

Anic. No aciertas
quien puede ser?.. Es amor,
porque con sus influencias,
así como hace valientes,
tambien sabe hacer discretas.
Allí junto al arbol grande,
debes estar á la media
para las once. En esta hora
todas las cosas dispuestas
tendràs, para que marchemos.
Vete, que ya... Mas espera
un momento, que ya vuelvo.
Amor, tus alas me presta
vase corriendo.

Ruf. Habrá fortuna mayor
que la mia?.. Que riquezas,
que tesoros pueden dar
mas dulces, mas alahueñas
satisfacciones, que las
que me ofrece mi Aniceta!
Conque amable persuacion,
con quanta gracia y prudencia
ha arrancado de mi alma
las tragicas y funestas
ideas, que ya adoptadas

tenia, sembrando en ella
las mas magnificas, mas
placidas, y lisongeras!
Veré al instante al Sargento,
y le diré que no venga
á buscarme, porque ya
con reflexiones mas cuerdas,
mis intentos temerarios,
logró eludir mi conciencia.
Mas ya vuelve.

Sale Aniceta corriendo, llena de alegría, y cerrada la mano derecha, como que guarda alguna cosa.

Anic. Aquí otra vez
estoy; pero qué contenta!
Toma estas monedas: son
le alarga algunas monedas de oro.
las que guardaba para esta
ocasion, ú otra que fuese
Rufino se averguenza al verlo.
para tí importante. Apriesa,
toma, guardalas y vete,
que es preciso que ya vengan.

Ruf. Sorpreendido y sonrojado,
dulce bien mio, me dexa
tu accion. Ya, nada me falta
para que el mas feliz sea
entre todos los mortales.
Tu esclavo recibe de esta *se la ase.*
mano preciosa, este don.
Ma no generosa y llena
de virtud, ah, que sería
de mí, si por tí no fuera!

Anic. Vete.

Ruf. Se separa el cuerpo
de tí, y en tí mi alma queda.

Anic. Porque no vayas sin alma,
la mia, Rufino, llevas.

vase volviendo la cara alguna vez para verla.

Cómo le sienta el vestido!
Con qué garbo, con qué bella
disposicion lleva el cuerpo!
Y que airoso se presenta!
Por causa mia es soldado!... *llora.*
Pobrecito!.. Quién pudiera
hacerle feliz, aunque
toda mi sangre vertiera!

Sale Andrea: Aniceta al verla, se enjuga los ojos, recatándose.

And. Qué haces sola aquí?.. Tu padre
y Casimiro ya llegan;
ven á recibirlos... Pero
dí, qué lagrimas son esas?
Qué tienes?.. Suspiras?

Anic Ah,
madre mia!...

And. Qué te inquieta?

Anic. Rufino.... el pobre... Es soldado!..

And. Es soldado!.. Qué me cuentas!
Soldado!.. Cómo... Mas limpia
tus ojos, porque se acerca
Casimiro con tu padre,
y al verte de esa manera....
Ay Dios!... Estoy confundida!
Ven, saldremos por la huerta,
me dirás esa desgracia,
y te pondras mas serena.

Anic. Pobre Rufino..!

And. Soldado!
Ven, hija... Quánto me pesa!

Andrea la conduce asida del brazo por medio de la huerta, y se entran por la puerta de ella. Por la de la casa salen Casimiro y Cosme; aquel de militar decente. Este traerá una botella debaxo del brazo izquierdo, y un baso en la misma mano. El otro brazo le apoyará sobre el hombro de Casimiro.

Cosm. Gran gusto es volver á verse,
despues de una larga ausencia,
dos finos amigos. Creo
que no hay mayor complacencia.

Casim. Mayor es otra.

Cosm. Y quál es?

Casim. Hacer bien.

Cosm Pues mayor que esa
la hay tambien.

Casim. Dila.

Cosm. Beberse
entre dos una botella
con toda tranquilidad, *(baso.*
como lo haremos con esta. *hecha en el*
Bebe. *se le dá.*

Casim. Brindo á tu salud,
y á la de tú hija Aniceta. *Bebe.*
Cosm. Bravísimo. Brindo yo
por la tuya y por mi Andrea. *Bebe.*
Qué licor tan admirable!
Y qué haya hombres que beban
aguas eladas, y dexen
este bálsamo, este nectar
dulcificante, emoliente,
calmante, y otras quinientas
cosas mas!
Cosim. Ya reconozco
Mirando atentamente toda la huerta.
bien este sitio. Allí era (*los sitios.*
donde sembraba los cardos. *señalando*
Aquella parra, esta higuera,
y aquel peral, á estas manos
le deben el ser; por ellas
fueron plantados, regados
y podados. Esta tierra,
quántas veces la regué
con mi sudor!.. Diferencia
no hallo en nada; todo está
como lo dexé.
Cosm. Lo aciertas.
En las casas de los pobres
jamas se hallan cosas nuevas;
muebles de los visabuelos,
sirven á tataranietas.
En las de los poderosos,
todo se cambia y se trueca
en cada mes, porque como
en cada mes son diversas
las malditas modas, lo que
hoy sirve, ya no aprovecha
para mañana. Se gasta
mucho en estas vagatelas,
y en socorrer á infelices,
ni un maravedí siquiera.
Pero, ahora que me acuerdo;
estando tú en opulencia,
dime, cómo te acordaste
de mí que estoy en miseria?
Casim. Si hubiese por mi desgracia,
yo nacido en la riqueza,
te pudieras asombrar;
pero me crie en la aldea,
y siempre conservaré
sus costumbres. Yo quisiera
me digesen esos hombres
tan colmados de riquezas
qual es mas feliz, aquel,
que solo disfruta de ellas,
ó el que con ellas al pobre
á ser dichoso le eleva?
Cosm. Qué poco hay de eso en el mundo!
pero apurar la botella
conviene, que ya á esos ricos, (*bebe.*
se ajustará bien las cuentas. *hecha y*
Casim. Mas, dónde Aniceta está
porque ya deseo verla?
Cosm. En casa de una vecina
fué con su madre, y ya llegan.
Salen las dos por la puerta de la casa. Aniceta siempre estará con los ojos bajos manifestando el mayor sentimiento.
And. Disimula, hija, por Dios!
A ella ap. cerca de la puerta.
Anic. Yo haré todo lo que pueda.
Cosm Vamos, Señorita, hacer
á tu esposo alguna arenga,
que explique lo que le quieres.
Anic. Padre mio...
Cosm. La verguenza
no es aquí del caso. Habla,
al que es ya tu parte adversa.
Anic. Eso es verdad?
Casim. Ya has hablado
mas que yo pensé, Aniceta.
And. Está cortada: no sabe
lo que dice... Vaya, expresa
al Señor tus sentimientos.
Anic. Señor... Yo...
Casim. Bella elocuencia! (*la.*
Padre mio... Señor... yo... *remedándo-*
Cosm. Pues no es por falta de lengua.
And. Ella se halla algo oprimida;
quiero decir: con tibieza,
que la produce el rubor
y la honestidad la aprueba.
Cosm. Has de hablar, ó... *amenazándola.*
Casim. Cosme, ten
un poco de mas prudencia.
Vamos á comer, que luego

hablaremos con franqueza
Aniceta y yo. Es verdad?
Anic. Si señor: como usted quiera.
Casim. Cómo yo quiera?.. Muy bien.
Qué amable condescendencia!
Cosm. Casimiro, quieres que
plantifiquemos la mesa
á la sombra de ese árbol?
Casim. Dónde mejor? Haz que vengan
mis criados á servirla.
Cosm. Ven por los trastos, Andrea.
Esta le sigue, y aquel la dice cerca de la puerta.
Cuidado que á Casimiro
no digas nada que huela
á que queria á tu hija
Rufino... Cuenta con ella. *se entran.*
Casim. Aniceta, dí, estás triste?
Anic. No Señor.
Casim. Pues qué, te cuesta
trabajo hablar?
Anic. Si aborrezco
á quien hablo, me molesta.
Casim. Y dí, te molesto yo?
Anic. Eso no tiene respuesta.
Casim. Por qué?
Anic. Porque si dixese
que sí, seria insolencia;
y si dixese que no,
mentiria, y no gusto de ellas.
Casim. En dos palabras has hecho
ciertas dudas evidencias;
mas de modo, pue la injuria
no se tiene por ofensa.
Yo pienso que esta muchacha *ap.*
tiene en otro objeto puesta
su inclinacion. Si así fuese,
infeliz seria hacerla,
y muy desgraciado á mí,
si me casase con ella.
Mas despues aclararemos
punto que tanto interesa.
Salen Cosme, Andrea, Blas y otros criados que conducen la mesa, ya cubierta con todo lo necesario, quatro sillas, botellas y vasos.
Cosm. Ponedla aquí... Bien está
A este lado las botellas
y los basos, porque el vino
corre solo por mi cuenta,
Anda, Blas, echa la aldaba
á la puerta de la huerta;
y aunque llamen, no respondas
mientras comemos. Andrea,
Blas lo hace.
Casimiro, á colocarse.
Casim. Vamos, preciosa Aniceta.
Al tiempo de partir los dos, tira Cosme del guardapies á Andrea, y la dice los versos que siguen Casimiro entre tanto se sienta á la derecha de la mesa, y Andrea á su frente, quedando lugar cerca de ella á Aniceta.
Cosm. Al lado de Casimiro
te has de sentar; la derecha
le darás; hablale fino,
y dale alguna fineza.
Lo entiendes?
Anic. Si Señor.
Cosm. Pues
á sentarse.
Casim. Aquí te espera
Viéndola ir hacia la mesa.
esta silla, Anicetita.
Anic. No Señor: mejor es esta.
Se sienta á la izquierda de Andrea teniendo á Casimiro al frente.
And. Sientate allí.
Anic. Aquí estoy bien
Cosm. Admira el ver como observa
lo que la he mandado. Aquel
Llega á ella y quiere por fuerza llevarla junto á Casimiro.
es tu lugar: marcha.
Casim. Dexa
que esté donde la acomode.
Las cosas echas por fuerza,
amigo Cosme, no tienen
Cosme se sienta á la cabezera de la mesa, teniendo á su izquierda á Andrea.
las mejores consecuencias.
Anic. Pero mi padre no entiende
esa razon, ni penetra
que segun las circunstancias

del acto presente, hay cierta
razon, que á este asiento da
sobre ese la preferencia.
Casim. Y quál es, entre los dos
asientos la diferencia?
Anic. Estando en ese, no es facil
mirarnos, sin que se tenga
que volver el rostro; esto
lo notan, y no es decencia.
No hay en este ese peligro;
pues sin que nadie lo advierta,
como estoy frente de usted,
le puedo ver con frecuencia.
Cosm. El demontre es la muchacha; *ap.*
y un angel esta botella. *bebe.*
Casim. Has salido del empeño
con toda delicadeza;
por mas que yo satisfecho
no quede de tu fineza.
Te haré plato. *Lo hace.*
Anic. Basta.
Casim. Es poco.
Anic. Quien amando se alimenta,
aunque coma poco, no
lo estraña.
Casim. Por esa regla
se infiere que amas.
Anic. Lo que amo,
no hay con qué explicarlo pueda!
Casim. Y podra saberse á quién?
Anic. Al que trabajó en mi huerta.
Como con rubor.
Casim. Qué he oido!... Y eso es verdad?
Anic. Creeis que sino lo fuera,
lo diria?
Casim. Pues ya soy
el mas dichoso con esa
declaracion tan amable.
Tome usted, Señora Andrea.
Le hace y dá el plato.
Cesme, echa vino y brindemos
por la salud de Aniceta.
Cosm. Sí, bebamos al instante,
Le alarga el vaso á Casimiro, y despues de beber le tira.
que parece se calienta.
No ves como ya tu hija *ap. á And.*
le quiere?
And. Sí; estoy contenta
y admirada.
Cosm. El que se fia
de vosotras, es un bestia;
pues la mejor ama mas
al que tiene mas pesetas.
Qué bueno esta este gazapo!
Justo es que sobre él se beba. *Lo hace.*
Casim. Por tu salud brindo, hermosa.
á Aniceta.
And. correspondele. *á ella ap.*
Anic. La vuestra
conserve Dios, hasta ver
dichosa...
Casim. A quién?
Anic. A Aniceta.
Cosm. Brava á estado la comida!
Se levantan: los criados quitan y se llevan la mesa y sillas.
Casim. Pero han estado mas buenas
las amables expresiones
de tu hija. Mis sospechas *ap.*
fueron temerarias, sí;
bien justificado queda.
Anic. Ay Dios!... *con expresion.*
And. Qué tienes?
Con sobresalto llegando á ella.
Anic. Rufino.. *ap. á And.*
And. De Rufino ahora te acuerdas?
Anic. Pues quándo yo le he olvidado?
Casim. Qué es lo qué tiene Aniceta?
Con interes.
And. Nada, Señor.
And. Sus penillas,
Casimiro, la molestan.
Cosm. Qué vas á decir? No sabes...
ap. á ella, haciéndola señas para que calle.
Casim. Y qué penillas son esas? *como arriba.*
And. Yo te las diré al instante,
para que se las reprendas.
Cosm. Calla, maldita. *como arriba.*
And. No quiero. *ap. á él.*
Me tienes por una bestia.
Yo se lo que he decirle.
Casim. Proseguid, Señora Andrea.
And. Un mozo que nos servia

para cuidar nuestra huerta,
muy hombre de bien, muy hábil,
de una agradable presencia,
trabajador sin igual,
aplicado á las leyendas,
y que a mi hija la ha enseñado
á ser h bil y discreta...
Cosm. Mejor debieras decir
á ser grande bachillera.
And. Que nos ibamos contigo
supo, y tanta fué su pena,
(porque en extremo nos ama)
al contemplar que era fuerza
de nosotros separarse,
que arrastrado de una ciega
desesperacion, marchó
adonde está la bandera,
se enganchó y es ya soldado.
Y como tiene Aniceta
alma tan sensible y noble,
esta desgracia la inquieta,
y aun á costa de su sangre,
darle libertad quisiera.
Cosm. Con que por fin, fué á buscar
al Sargento Bocanegra?
Se ha portado bien.
Casim. La accion *con ironia.*
de ese mozo, claro prueba
que se hallaba muy ligado
á ustedes, y que Aniceta
con pesar tan extremado,
sienta que soldado sea,
su humanidad acredita,
y compasiva terneza.
Mas vamos á consolarla,
y á que quede satisfecha ..
de mi, porque soy la causa
sin querer, de que se vea
así ese mozo. Al instante
Aniceta desde aquí escucha á Casimiro con suma atencion, y por grados manifestarán sus acciones la alegría que recibe su corazon.
corre, Cosme, con viveza,
á la casa del Alcalde
mi amigo, y dile que sea
como fuese, y aunque gaste
mil pesos, que la licencia
le saque inmediatamente;
y te encargo que no vuelvas
sin conducirla. Ves pronto;
porque cosa que interesa
tanto á tu hija, es preciso,
sin pensar en mas, hacerla.
Anic. Ah, Señor, que obligacion
me imponeis!
con extremada terneza y exâgeracion.
Casim. Pues si ella acierta
con tu gusto, soy dichoso.
Cosme, el tiempo no se pierda.
Cosm. Voy corriendo. *se vá.*
And. Casimiro,
cada vez mas me embelesa
tu proceder. Has venido
á que por tí mi hija sea
la mas feliz. Es verdad,
hija mia?
Anic. Aunque quisiera *con sumo gozo.*
negarlo, la accion que acaba
de hacer, mi dicha confiesa.
Casim. Tantas palabras ambiguas, *ap.*
otra vez, ay Dios! me inquietan!
Anic. Bien reconocida estoy,
Señor, á vuestras finezas.
Casim. El saber pagarlas, es
el modo de agradecerlas.
And. Si esperais á Cosme aquí,
yo voy á dar una vuelta
á casa. Quiero que traten *ap.*
de su boda con franqueza. *vase.*
Casim. Pues hemos quedado solos,
quiero, preciosa Aniceta,
que un favor me hagas.
Anic. Decidle,
y os serviré en quanto pueda.
Casim. A lo que te preguntase,
me has de dar clara respuesta.
Anic. Donde la verdad no falta,
toda claridad se encuentra:
amo á la verdad; con que
muy clara seré con ella.
Casim. Bien. Yo creo que ese jóven,
que asentado plaza, te era
muy agradable... Qué hay
en esto? En la inteligencia,
de que lo que aquí tratemos,
nadie ha de saber.
Anic. Con esa
palabra, me animaré
á decir...

Casim. No te arrepientas
de lo que me has ofrecido.
Anic. Ah, Señor!.. *con opresion y rubor.*
Casim. Respira, alienta
Con mucha terneza.
con tranquilidad, y no
me trates con la etiqueta
de Señor, sino como á un
buen amigo, que te aprecia.
Anic Bien persuadida estoy de eso!
pues son tantas las finezas
y obligaciones que os debo...
Casim. Las obligaciones dexa;
que en hacerte bien, desquito
el que á tu padre confiesa
mi gratitud, que le debo:
y dexo así satisfecha
esta obligacion. Tratamos
ahora, de otra materia.
Con el corazon abierto
te voy á hablar, y quisiera
que el tuyo del mismo modo
á tu amigo descubrieras.
En el estado en que estamos,
á los dos nos interesa
conocernos bien. Tu eres
hermosa, amable y sincera;
y yo (si es que el amor propio
no me preocupa ó me ciega)
hacer dichosos á muchos,
y à nadie infeliz, quisiera.
Soy bastante rico; y digo
rico, porque tengo puesta
á la ambicion, á los pies
de mi fortuna; con esta,
sea la que fuese, me hallo
contento, y desprecio á aquella.
Dichoso me reconozco;
pero no es dicha completa
la que no se parte con
una buena compañera.
Pudiera haberme casado
con una niña de aquellas
que la nobleza distingue;
mas contemplé que esta mesma
distincion, pudiera hacer
que pronto me arrepintiera;
pues la muger que conoce
que es de superior esfera
que el marido, en vez de darle
trato de tal, le desprecia.
Casarse con sus iguales
en el nacimiento, ordena
la buena razon; y yo
solicité obedecerla
aspirando á ser tu esposo;
pues lograba así que fuera
por tí mi dicha mayor,
haciendo la tuya cierta.
Anic. Ah, qué modo de pensar
tan admirable!.. Me llenan
esos bellos sentimientos
el alma de complacencia!
Casim. Yo seré siempre feliz,
si conformes los encuentras
á los tuyos. De tus padres
tengo el si, para que seas
mi esposa; pero yo quiero
que tu misma le profieras.
Anic. Pero sabeis que mis padres
exîgen que mi obediencia...
Casim. Ahora no es del caso aquí,
porque te dispenso de ella.
Un contrato como el nuestro,
gusto y voluntad sincera,
le deben determinar.
Dime, hija mia, violentas
acaso tu inclinacion
en unirte á mí? No tengas
ningun reparo en decirme
la verdad, pues pende de ella
tu dicha y la mia.
Anic. Usted
es tan bueno... Yo quisiera
esforzar mi corazon
para decir..
Casim. Nada temas.
Un segundo padre te oye,
que hacerte feliz desea.
Anic. Pues... yo amo!.. Mas por Dios
Con timidez y rubor.
que mis padres jamas sepan
que os lo he declarado.
Casim. Nada
importara lo supieran.
Amas, he?
Anic. Mi corazon
entregue ya. Yo quisiera
poder dar à vuestro amor
la debida recompensa,

por lo que vos mereceis;
mas no por vuestras riquezas;
pero no es facil. estoy
ligada con tal terneza,
tanta fe y constancia, que
antes la vida perdiera
que entregar á otro mi mano.
Mis padres, mis padres fuerzan
mi voluntad!.. Despues que
con repetidas promesas,
al jóven que nos servia
me ofrecieron, al ver vuestra
solicitud, y arrastrados
de lo que en ella interesan,
con desprecio le arrojaron
de nuestra casa, y aceptan
vuestra pretension. Aquel,
ya desesperado, sienta
plaza de soldado, pierde
su libertad, y me dexa
á igual desesperacion,
y sentimiento, sujeta.
Si en vuestra alma generosa,
por lo que os declaro, quedan
de piedad algunos restos,
empleadlos en mí. Os lo ruegan
á vuestros pies, este llanto,
este ahogo, esta terneza.
de rodillas.

Casim. Qué situacion de muchacha *ap.*
tan lastimosa y adversa! *(las.*
Mis lágrimas corren sin *enjugándose-*
que consiga detenerlas!
Padres crueles aquellos
que causan tales violencias!
Alza à mis brazos, preciosa
y perseguida Aniceta.
Enjuga tus bellos ojos,
para que los mios tengan
algun descanso. Yo he sido
la causa, sin que quisiera
serlo, de tus sentimientos;
pues yo te ofrezco que sean
remediados Si, lo juro.
Hoy verlo cumplido, espera.

Anic. Hasta el sepulcro, señor,
mi gratitud...

Casim. No mas. Cesa
Por tí, y por mi debo hacerlo;
á mi cargo todo queda.
Tu padre tardar no puede;
no conviene que nos vea
solos... Vete muy alegre,
pues ya acabaron tus penas.

Anic. Sobre vos derrame el cielo
todas sus beneficencias.

Estos dos versos los expresará con el mayor jubilo, y con el mismo se vá admirándose de la bondad de Casimiro. Este guardará silencio un momento, paseándose como pensativo.

Casim. Bien dudaba yo!.. Se hicieron
efectivas mis sospechas!
Pero ya descanso: ya
me veo libre de aquella
carga fatal, que me daban
mis recelos... Y qué fuera
de mí y de Aniceta, si
la verdad no me dixera,
y nuestra union se hubiese hecho!
Ella viviria llena
de aflicciones siempre, y siempre
yo consternado de penas.
Feliz desengaño!... Pobres
muchachos!.. Con qué fineza,
con quanta constancia se aman!
Pues que se gocen es fuerza.
Yo iba á hacer dos desgraciados.
Mas quànto tardado hubiera
en ser el tercero yo?
Cosme es preciso convenga... *(nando.*
Buscaremos algun medio... *reflexio-*
Pero parte de mi hacienda,
todo lo remediara.

sale Cosme por la puerta de la huerta.

Mas él viene. Hay buenas nuevas,
amigo Cosme?

Cosm. Admirables; *con desabrimiento.*
pero por mi no lo fueran.

Casim Por qué?

Cosm Si hubiese sabido
antes la cosa, no creas
que hubiese dado ni un paso
en su favor... Qué vileza!
Picaron!

Casim. Pero, qué dices?
No te entiendo; la licencia
traes ó no?

Cosm. Sí, si la traigo.
Ya te tenia él dispuesta

otra para que salieses
de este mundo.
Casim. Tú me dexas
confundido.
Cosm. El que has librado
de que una bala en la guerra
de parte á parte le hubiese
atravesado, esta mesma
noche tenia dispuesto
que tu pecho bayna fuera
de su gran sable.
Casim. A mí?
Cosm. A tí,
y á quantos te defendieran.
Pero se ha sabido á tiempo,
y todo compuesto queda,
porque el Alcalde en persona
con los ministros que lleva,
y con la tropa, le busca.
Toma, toma la licencia.
Se la dá, la lee, se sorprende, y no oye lo que Cosme le dice. Este piensa que los extremos que le vé hacer nacen de la noticia que le ha dado.
Cas. Valgame Dios!... Qué he leido! *ap.*
Cosm. No, amigo, no te sorprenda
lo que este bribon queria
hacer contigo; estan puestas
espias, para que no
pueda escapar.
Casim. Quién creyera *ap.*
lo que estoy viendo! No hay duda;
el es... Las dichas me cercan
por todas partes!
Cosm. Sí; todo
el sargento lo confiesa.
El es el que ha descubierto
al criminal, y el que anela
por prenderle, para darle
cien carreras de baquetas.
Salen corriendo y con el mayor desconsuelo Andrea y Aniceta.
And. Cosme...
Anic. Señor Casimiro...
Casim. Qué sucede?
Anic. Que se llevan...
Amarrado... los soldados...
el Alcalde... Yo estoy muerta!
ah, Rufino mio!..
Cae desmayada en los brazos de Andrea. Casimiro llega á ella consternado de dolor.
Casim. Ay Dios!
And. Hija querida!..
Casim. Aniceta!..
Cosm. Con una vara de á quarto, *ap.*
quito yo estas pataletas.
Anic. Pobre... de mí! *volviendo en sí.*
Casim. No te aflijas,
que aquí estoy yo. Cosme, apriesa,
busca al Alcalde, y aquí
di que su amigo le espera.
And. En casa estan todavía.
Casim. Sí?... Pues pronto doy la vuelta.
vase precipitadamente.
Cosm. Con qué despues que el canalla
ha Casimiro dispuesta
tenia la muerte, tú *á Aniceta.*
no quieres que se le prenda
y se le ahorque? Pues yo
le he de tirar de la cuerda,
y á tí tambien, si es que vuelves
á hablar por él.
And. Considera,
Cosme, que tu hija... Ese modo
de tratarla... Mas ya llegan.
Salen Casimiro, el Alcalde, el Sargento, los soldados con los fusiles armados con las bayonetas, y los Alguaciles que conducen á Rufino preso, atados los brazos atras, y sin sombrero. Aniceta al verle corre á él precipitadamente con los brazos abiertos. Andrea llegará á tiempo de detenerla para que no le abrace.
Anic. Rufino!...
And. Hija, qué haces? *retirándola.*
Anic. No lo se!...
Cosm. Dime, perversa,
tú te atreves? Yo te haré
yendo á ella y amenazándola con furor.
Alc. Cómo? No se me respeta?
Interponiéndose entre Cosme y Aniceta. Aquel se retira y le hace cortesía.
Aquí el reo, amigo esta, *á Casim.*
dispon dél: solo desea
mi amistad servirte; pero
es necesario que adviertas,
qué intentaba desafiarte
esta noche. Lo confiesa,
lo declara asi, y lo jura

el Sargento Bocanegra.
Sarg. Vuestro servidor; y todo
sin quitar ni poner letra,
es la verdad.
Ruf. Ah, traidor! *ap.*
Alc. En dexando satisfecha
la justicia que administro,
haz del reo lo que quieras.
Casim. Satisfecha quedara.
Alc. Soltadle,
Casim. Amada Aniceta,
á ella. p. viéndola llorar y hacer vivos extremos de sentimiento.
con tu llanto y tus extremos
dolorosos, me penetras
el corazon! ten sosiego,
porque ya tu dicha es cierta.
Anic. Cierta?.. Sere suya?
con suma eficacia, viveza y gozo.
Casim. Si.
Anic. Ah, qué bondad es la vuestra!
Casim. Venid á mi lado, amigo. *á Ruf.*
Qué bello mozo!.. Quisiera *ap.*
con mis brazos... Pero un rato
mi júbilo se contenga,
que despues saldrá del pecho
con mas ímpetu y mas fuerza.
Ruf. Os obedezco rendido
Qué respetable presencia! *ap.*
Si me hubiese combatido
con él, ella me rindiera,
sin que usase de otras armas.
Casim. Ignoras que tu licencia
sin conocerte he sacado?
Ruf. Si señor; y esa fineza,
en el estado en que estoy,
mis sentimientos aumenta,
pues no puedo ni aun mostraros,
señor, que sé agradeceria.
Casim. Pero tú desafiarme
querria?
Ruf. Mi intencion primera
esa fue; pero despues
me pareció tan horrenda,
que la depuse Busqué,
para que así lo entendiera,
al Sargento, y no le hallé.
Alc. Pero eso cómo se prueba?
Ruf. No hay cosa, Señor Alcalde,
mas facil. En una esquela
que le dirigí con Blas,
le decia... Pero él llega.
Sale Blas con una carta en la mano.
Blas. Si en la huerta está el Sargento,
cómo hallarle en la bandera?
Esta carta para usted, *al Sargento.*
me entregó Rufino.
Alc. A verla? *se la dá.*
Dice así.
Lee. Mi Sargento. Busqué á vmd. en varias partes; pero inutilmente. Me precisa hacer cierta diligencia que me interesa mucho; por cuya razon no podré verle hasta bien entrada la noche Y siendo indispensable advertirle, que no se moleste en concurrir en la hora, y al sitio consavidos, porque me es horrorosa la memoria del desafio que determinó el primer impulso de la ira, y ha desvanecido el grito de la razon, le dirijo esta con Blas; el que me ha dado palabra de no separarse de la puerta de la bandera, hasta que vmd. llegue y la ponga en su mano. Tengo por mas heroico morir de sentimiento si pierdo la prenda que tanto amo, que vivir delincuente. Es todo de vmd. = Rufino.
Rep. Ya es otra cosa
este caso. Y dí, que prenda
es la que nombras aquí,
y que amas tanto?
Cas. Aniceta.
Sus padres se la ofrecieron
Cosme y Andrea hacen extremos de admiracion, estrañando quien puede haberle dado estas noticias.
para su esposa, en diversas
ocasiones. Pretendí,
como te consta, que fuera
mia, y mi corto caudal
los sorprendió de manera,
que á él, sin razon despreciaron,
y me admitieron sin ella.
Sentó plaza de soldado,
arrastrado de su ciega
desesperacion, dexando
á Aniceta con la mesma.
Me juzgó enemigo y quiso
que se le satisfaciera.

Lo reflexionó mejor,
contemplando con prudencia,
que yo no tenia culpa
en que se me prefiriera,
pues ignoraba le estaba
comprometida Aniceta;
que á saberlo, mi pasion
á la razon pospusiera.
Este es el caso, y ninguna
culpa grave en él se encuentra.
Cosm. Quien le habrá dado noticias *ap.*
tan puntuales y ciertas?
Casim. De su perdon solicito
me hagais la gracia.
Alc. Está hecha;
porque no hay juez querelloso
si la parte está contenta,
y la justicia sin nota
que en algo pueda ofenderla.
Anic. Ya con mas vigor respiro! *ap.*
Alc. Amigo, acciones como esta, *á Ruf.*
tan benéficas y grandes,
sabed bien agradecerlas.
Ruf. Yo os lo prometo, señor.
Casim. Pues cerca está la experiencia.
Quantos favores te he hecho
sin conocerte, hoy espera
mi amistad los recompenses,
haciéndome una fineza.
Ruf. Yo, señor, fineza á usted?
Casim. Tú, sí; y causaras con ella
todas mis satisfacciones.
And. Qué fineza sera esta? *ap.*
Anic. Pendiente de sus palabras
el alma tengo! *ap.*
Cosm. Qué intenta *ap.*
Casimiro, que por él
haga este pobre trompeta?
Ruf. Decid, pues, en lo que puedo
serviros; y si es que vierta
en vuestro obsequio mi sangre,
vereis con quanta grandeza
de espíritu la derramo.
Casim. No pido tanto: consienta
tu amor, pues ya lo se todo,
en que por tí feliz sea.
Ruf Pues, señor, yo puedo...
Casim. Si,
puedes. Cedeme á Aniceta.
Rufino se sorprende, Aniceta se asombra, y Cosme y Andrea hacen extremos de admiracion.
Cosm. Qué pronuncias? Pues él...
Casim. Cosme,
dexame hacer; ten paciencia,
y calla.
Anic. Pero, señor...
Casim Te hago la misma advertencia.
Sarg Aqui ha de haber una broma, *ap.*
que tal vez preciso sea
enganchar á todos.
Casim. Que,
no te merezco respuesta?
Ruf. Señor, dixe que mi sangre
verteria, como fuera
en vuestro obsequio; expresion
que parece que exâgera
demasiado, mi deseo
de serviros. Pues la prueba
la acredite. Sangre y vida,
repito, os ofrezco. De ellas
sois arbitro, sois el dueño;
mas yo lo soy de Aniceta.
Anic Bendita sea tu boca! *ap.*
Ruf. Pero... esperad!.. Qué dixera
de mi el mundo, si al que tanto
debo, y tanto se interesa
por mi, aun sin conocerme,
le soy ingrato? A la fiera
mas brava, los beneficios
domestican y sujetan.
Y yo mas fiera que todas
he de ser?. No: sea, sea
mi bien hechor el dichoso;
yo el de graciado! El posea
el mayor tesoro, y yo
la mas infeliz miseria!
Yo no sobreviviré
á este sacrificio, á esta
víctima del alma mia,
que le ofrezco en recompensa
de lo que hoy ha hecho por mí.
Si Alexandro, la belleza
de Campaspe cedió á Apeles,
por sola aquella grandeza
de su alma: yo, por ver
mi gratitud satisfecha,
cedo mas bella Campaspe,
y morire por cederla.
Mas es dar, que recibir.

Señor, vuestra es Aniceta.
Y tú, preciosa porcion *á ella.*
de mi vida, no te ofendas
de esta accion, pues la virtud
es la que la recomienda.
Un monstruo de ingratitudes
ante tu amable presencia
yo seria, si al contrario
de lo hecho procediera.
Tú, vas á ser mas dichosa;
y yo haré mi fama eterna
por esto, y porque mi vida
con generosa franqueza,
será de la gratitud
tan executiva ofrenda,
que en aquel mismo momento
que al pie del altar te vea
unida á mi bien hechor,
se concluirá mi exîstencia.

Anic. Cruel!.. Y quieres te sirvan
de gloriosa recompensa
un falso agradecimiento,
y una gratitud incierta?
Cómo hicieras lo que has echo,
si tú agradecido fueras?
Quanto me debes ingrato?
Y quantas ansias me cuestas?
Y es acaso el despreciarlas,
el modo de agradecerlas?
Es ser grato anteponer
á la infeliz Aniceta,
unos favores que a tí
no se han echo, sino á ella,
y de su alma generosa
no hicieron te desprendiera?
Pero esto es cansarme en vano;
procediste con vileza:
me renunciaste: cediste
á la que enseñar pudiera
á amar con constancia al mismo
amor. Mi venganza es esta.
Tomad, señor Casimiro,
mi mano. Sois dueño de ella. *lo hace.*

Ruf. Ay Dios!.. Fallezco!..

Dicho este verso con un impetu extremado de sentimiento, y cubriéndose con las manos el rostro, se acerca al pozo con pasos tremulos, apoya los codos sobre el brocal, y queda confundido de amargura.

And. Infeliz *ap. muy enterneci da.*
Rufino!

Anic. Desgracia inmensa. *ap. llorando.*

Cosm. Una boda y una muerte
hoy se verán en mi huerta,
para que aleluya y requiem
juntos una vez se vean.

Casim. En efecto, he conseguido
mis dichas.

teniendo siempre enlazada su mano con la de Aniceta.

Anic. Son imperfectas,
pues lo que hace la venganza,
la voluntad desaprueba.

Estas expresiones consiguen que Rufino se recobre, y dichos los dos versos siguientes vuelve á quedar del mismo modo.

Ruf Nuevo ser, aliento nuevo,
me da esa expresion!

Casim. Pues sea
como fuese, ya eres mia,
y basta. Señora Andrea,
Cosme, ya veis enlazada
mi mano á la de Aniceta.
Solemnemente estan ya
cumplidas vuestras promesas;
la lastima es que las mias,
por mucho que yo lo sienta,
no pueden verificarse!

La atencion con que todos oirán estas expresiones, se cambiará en admiracion, que manifestarán en sus extremos, y mirándose unos á otros, con las que siguen; las quales hasta al mismo Rufino le ponen en espectacion.

Mi caudal, toda la hacienda
que poseia; no exîste,
se perdio: quedó desecha.
Ese hazadon y estos brazos,
son mis unicas riquezas
para mantener a todos.
Harto lo siento!.. Paciencia!

Cosm. Hombre, tú me has confundido
con lo que has dicho. Las tierras,
las diez viñas tan famosas,
la labor y las ovejas
han baxado á los infiernos,
ó han volado á las estrellas?
No las tenias en este
mismo instante?

Casim. Sí.

Cosm. No eran
propias tuyas?
Casim. Es constante.
Cosm. Pues quien diablo se las lleva?
Casim. Tu hija.
Cosm. Mi hija? Ahora es mayor
mi confusion. Pues que es ella...
Casim. Su absoluto dueño. Escucha.
Anic. Que nuevas dudas me cercan! *ap.*
And. Confundida estoy! *ap.*
Ruf. Dios mio, *ap.*
haced feliz á Aniceta,
y sea yo desgraciado!
Casim. Rufino, amigo, ven cerca
de mi; y te pido deseches
esa terrible sorpresa
que te abisma.
Ruf. Imponed vuestros *llegando á él.*
preceptos a mi obediencia.
Casim. Respondeme. Pero antes
aqui tienes tu licencia. *la saca.*
Por ella consta naciste
en la Villa de Ballecas;
que eres hijo de Francisco
de Venavides y Huerta,
y de Francisca Martinez.
No es verdad?
Ruf. Quién os lo niega?
Casim. Del que te tuvo en la pila
fuerza es que á tu padre oyeras
el nomore?
Ruf. Fué un tio mio,
que despues pasó á Valencia,
y yo no ví nunca; pero
se apoderó de mi herencia,
y...
Casim. Conservartela supo
con aumento. El dueño de ella
siempre te llamó. En tu busca
hizo muchas diligencias,
mas todas en vano; y hoy
á sus ojos te presenta
un acaso, y te recibe
El embeleso que les causa esta accion, les sorprende, y dexa un instante sin movimiento.
para hacer que tuya sea
esta mano.. Tomala.
El gozo no asi sorprenda
dos amantes corazones
que se aman con tal terneza.
Ven a mis brazos, Rufino,
y con los tuyos estrecha
à tu tio Casimiro.
Ruf. Buen Dios, fortuna como esta
me guardabais!.. Tio amado!
corre á sus brazos.
Cosm. Yo estoy con la boca abierta
oyendo estas maravillas..
Casim. Ven tu, preciosa Aniceta,
y dí ahora si he cumplido
bien ó mal con mis ofertas.
Anic. Ah, dulce protector mio!
le abraza tiernamente.
usted me da vida nueva,
uniéndome á mi Rufino.
Ingrato, à mis brazos llega;
pues te ama, y amará siempre
tu desgraciada Aniceta.
Ruf. Idolo del álma mia,
hoy estas dichas merezcan,
que lo pasado se olvide.
Sarg. Esto es como una novela.
Ruf. Padres mios, si Rufino..
And. Ven, enlazate à tu suegra. *lo hace.*
Cosm. Y tambien al suegro, pues
al fin en casa se quedan
las alquerias, las casas,
la labor y las ovejas.
Casim. Y para concluir mi vida
con descanso y con decencia,
nada hará falta. Entre todos,
sola una familia, llena
de satisfaccion y gusto
compondremos. Será echa
al instante vuestra boda;
siendo la señora Andrea
y yo padrinos, y habrá
muchos banquetes y fiestas,
y asi todo sea gozo,
alegria y complacencia.
Todos. Dando de gracia un aplauso
a Rufino y á Aniceta.

FIN.

3 0112 115873108